

tablas del gran profeta republicano, que se llamaba Moisés; pero no hubo entonces las extensas y numerosísimas sociedades democráticas de hoy, estas naciones altísimas en su personalidad política que han resuelto el problema de gobernarse á sí mismas por medio de una delegación emanada de todos los ciudadanos directa ó indirectamente, quienes libres é iguales en sus derechos propios, conocidos con el nombre de humanos derechos, encarnan el ideal más luminoso y más bello entre todos los ideales que han conocido los siglos.

Esta formación de la democracia en que vivimos, hase mucho semejado á la formación del planeta en que habitamos. La Historia se acerca de suyo á la Geología; y la Geología de suyo á la Historia. En aquélla van los terrenos sobreponiéndose unos á otros y en ésta van sobreponiéndose los tiempos. Mas cual una serie de revoluciones geodésicas ha concluido por formar la corteza terrestre, á la que se amolda la humanidad, como el alma suele amoldarse al cuerpo: también otra serie de revoluciones políticas han concluido por formar la nueva sociedad, á cuyo complejo natural organismo sólo puede amoldarse la democracia. Recordad cuánto la ciencia nos dice de la formación del planeta nuestro y veréis que serie tan encadenada y lógica de relaciones tiene con la formación del mundo moderno. Pues mucho de lo sucedido con el planeta nuestro desde que fué materia incandescente hasta que fué *humus* vegetal y habitación humana, mucho de todo esto hale pasado á la sociedad nuestra desde que fué guerra y exterminio hasta que fué verdadera democracia. Un volcán en erupción os dará idea de la Tierra en el período solar y un campo cultivadísimo idea de la Tierra en el período humano. Pues el hombre prehistórico, abrigado con la piel de los brutos que inmola en sus combates; ornado y ceñido con las piedras multicolores y las conchas que recoge por los suelos; guarecido dentro de las cavernas en compañía con los osos gigantes; puesto por la necesidad al husmeo de los mil enemigos alzados á combatirle y contrariarle continuamente, lo mismo en las especies inferiores que en su propia especie, y lo mismo en su propia especie que en todos los medios ambientes; armado con su puñal y su cuchillo y su hacha de corte tosco; este hombre colocado frente al filósofo que indaga y anota las ideas puras, frente al artista que oye las melodías celestes y las repite con inspiración divina en cánticos maravillosos, junto al inventor que guarda el rayo en argentea lámpara ó

le obliga imperioso á someterse encadenado al telégrafo y repetir la voz y la palabra humana en el fonógrafo; un hombre primitivo poco distante del bruto, y Franklin y Wasingthon y Lonsfelow tan cerca del em píreo y tan inspirados por Dios, enseñan cuanto la humanidad ha corrido por series progresivas, desde que yacía en confusión casi con la materia inerte, como un protoplasma indistinto, hasta que se ha levantado esta sociedad moderna democrática, la cual, Prometeo redimido, lleva en sus manos el fuego avivado por la industria para esclarecer el mundo, y en su frente las idealidades sublimes del Cristianismo y de la Ciencia. Para comprender la distancia mediante de un extremo á otro extremo del mundo social y de un polo á otro polo del género humano, basta que nosotros mismos podamos ponernos con los recuerdos históricos en el caso de los que fueron, y con las observaciones políticas ó sociales en el caso de los que son, y con las esperanzas artísticas que tanto agorean y con la intuición científica que tanto promete y anuncia en el caso de los que serán, sintiendo así, todos los dolores pasados de la Humanidad como pudiéramos en nuestras edades propias, y presintiendo así todos los goces futuros como si asistiéramos á la consumación de los siglos. ¡Cuánto el éter universal no se habrá transformado para verse convertido de átomo en ideal! Yo, cuando me reconozco y estudio, veo que mi sér ha pasado por todas esas fases y ha recorrido todas esas vías en lo infinito. Yo siento mi parentesco estrechísimo con todos los seres creados, pero también lo siento con todas las ideas increadas. Y hemos, á no dudarlo, sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico y cometario de nuestro planeta, durante su fluidez primera, cuando se desprendía como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la pristina levadura de la condensación del suelo, encontrando las raíces de nuestro cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inquebrantables y epígrafes indelebles la triunfal ascensión de todos los organismos; crecemos con el zoófito y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el reptil frío por la tierra caldeada, después de haber sentido las transformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de ricos nervios, cubiertos de multicolores plumas en el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado en el tigre y en el león; hemos corrido cual el caballo y el ciervo; hemos



hasta sido, si queréis, los ridículos bufones de la creación universal con el tití, con el orangután, con el macaco; pero desde la hora en que llegamos al organismo nuestro, al organismo humano, este organismo superior, no-  
tamos derramarse por todo nuestro sér, algo que no vivía en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más luminoso que todo el éter cósmico, más rápido que toda la electricidad astral, más vívido que todo el calor vivificante, sí, el humano espíritu, y dentro de él un sol sin ocaso, que se llama pensamiento, y una fuerza incontrastable que se llama libertad; y cuando creíamos que esta fuerza y este sol nos pertenecían, como nos pertenecemos á nosotros mismos, los tiranos y los conquistadores nos han hecho pasar por otra Pasión, amarguísima, tan larga como la sufrida en los viajes nuestros por la materia universal; y hemos sido parias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa para regalo de otro, instrumento de trabajo para provecho de otro; hasta que han surgido los profetas, los mártires, los redentores, y nos han revelado nuestro derecho, y han roto la cadena en nuestras manos y han apartado el látigo de nuestras espaldas, y nos han creado nuevamente, dándonos como una segunda vida en la vida social; y somos ya ciudadanos: victoria que no puede satisfacernos aún, pues, cumplido nuestro ministerio y fin en la tierra, después de haber trabajado por el bien de la Humanidad y por los progresos del planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos cielos, por las armonías de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más vívida, por el amor á lo perfecto, y hemos de trabajar ascendiendo en la escala del progreso, á trechos, manchada de sangre y á trechos cubierta de tinieblas, pero erigida entre lo contingente y lo absoluto, para que allá en su escalón último nos encontremos frente á frente con nuestro Creador, con nuestro Dios.

Sin esta intensísima simpatía por la Naturaleza, por la Sociedad, por la Historia, imposible conocer la democracia. Como el cerebro humano, brotando en la cima del mundo, á quien llamamos orgánico, lleva en sí mismo una evolución sobrehumana; la democracia brotando en las esferas más altas de la Sociedad y de la Historia, promete una evolución supra-democrática. Pero no tratamos de indagar lo porvenir; bástenos con estudiar y reconocer lo presente. A nuestros mismos ojos, en el medio siglo poco más ó menos, que lleva de vida nuestra generación, la democracia, este vivo elemento ha pasado con medida desde la revolución á la evolución. Según

el estado, á que ha venido la ciencia, y el uso corriente de las dos palabras antedichas, excusamos todo género de baldías explicaciones. En la revolución, en sus períodos creadores, prescinden los revolucionarios del tiempo; apelan á la fuerza; improvisan fórmulas de más ó menos progresivas soluciones; y derritiendo á un calor intensísimo el suelo social, créenlo aparejado y apercebido á recibir en sus lavas ardientes y humeantes las fáciles impresiones de todos los ideales. En el período evolutivo sucede precisamente lo contrario; el tiempo y su fuerza creadora entran como principal motor del progreso medido y graduado. A la improvisación súbita suceden las reflexiones sociales. Impónese la serie lógica en tal estado de la mente colectiva, y sábase que así como para llegar al extremo de una línea no se puede prescindir de los puntos intermedios y para llegar á un término del tiempo no se puede prescindir de los minutos anteriores á ese tiempo; ¡oh! para llegar á una fase del progreso no puede prescindirse de las fases anteriores y precedentes, que la generan y la preparan. El revolucionario, cuando la tierra oscila bajo sus plantas, y el cielo relampaguea sobre su cabeza, iluminado por la tempestad, agitado á los impulsos y sacudimientos del terremoto, cree poder dominar lo porvenir y dirigirlo como la nerviosa Ptonisa en su trípode ó dictar leyes irrevocables al pueblo, como el profeta iluminado por las nubes tonantes y las zarzas ardientes del Oreb. El evolucionista, por lo contrario, si cree á su vez en el ideal, no cree que pueda realizarse todo, y menos que pueda realizarse todo en rápido minuto de improvisada creación. No cree la evolución un período histórico y social rarísimo; no lo cree tabla, donde puede todo inscribirse; lo cree consecuencia de los tiempos anteriores, y como consecuencia de los tiempos anteriores condenado á no prescindir de su herencia y á no desarraigar todo lo anterior, sino meramente aquello que no habrá de reproducirse jamás en una reacción lastimosa. El medio de que la evolución se vale, sepárase mucho del medio de que se vale por su parte la revolución en la obra de ir desarraigando lo reaccionario y lo malo. En ésta, con exterminar las vegetaciones ó especies sociales contrarias al progreso basta, sin que haya necesidad ninguna de temer su reaparición y reproducción: mientras en aquélla se cambia el suelo de que una especie se nutre, y el aire que respira, poco á poco, gradualmente, pero en términos de que no pueda reaparecer jamás por serle contrario el medio ambiente. La revolución suele olvidar como el ogeo, la caza, el exterminio



artificial de las instituciones reaccionarias resulta inútil, cuando el medio ambiente las prospera, en tanto que, si éste se cambia, como pide la evolución sin violencias, pero sin retrocesos también; las instituciones desaparecidas no reaparecen jamás, por faltas de aquellos elementos, á cuya virtud brota y crece la vida. Carecerá la evolución de aquellas inspiraciones sublimes, de aquellos milagros theúrgicos, de aquellos combates heroicos, de aquellas idealidades relampagueantes que caracterizan á las revoluciones; pero, en cambio, no promoverá lo más terrible que traen siempre consigo aparejado éstas, no promoverá una reacción en cuyas sirtes tristísimas se pierden por completo las victorias allegadas sin premeditación y de improviso.

La palabra evolución, aunque sea la clave hoy de la ciencia contemporánea, no ha entrado todavía en muchos espíritus; ni ha podido determinar por tanto grandes impulsos de opinión. Y sin embargo, ella explica desde la formación del sistema solar hasta la formación del sistema social. Moviéndose la materia en serie de sucesivas evoluciones, y desarrollando en este movimiento su calor, ha producido las luminarias que se llaman soles y los cuerpos opacos que de los soles reciben lumbré y vida. Moviéndose la tierra, la materia del planeta nuestro, en sucesivas evoluciones, ha producido el mundo mineral, el mundo vegetal, el mundo animal, el mundo humano. Moviéndose á su vez en series de sucesivas evoluciones, han ido desde las tribus salvajes á los Estados Unidos las sociedades humanas. Moviéndose las familias en series de sucesivas evoluciones, han llegado del Matriarcado y de la Poligamia sin descanso, hasta el sublime, incomparable matrimonio cristiano. Moviéndose los idiomas, han sido monosílabos primero, aglutinantes luego, por último, de flexión. Moviéndose, como se han movido, las fuerzas humanas, hemos pasado del trabajo servil, del trabajo puesto á cargo de los siervos en todas sus estirpes, á este redentor trabajo de las máquinas, por el cual aguardamos de lo porvenir que vengan las grandes corrientes cósmicas, como la electricidad, por ejemplo, á sostenernos y auxiliarnos. Moviéndose las clases en movimiento de ascensión, el paria indio ha llegado á ciudadano libre. Moviéndose los afectos religiosos han ido desde rendirse á la tosca figura del fetiche, hasta creer en la espiritualidad y en la unidad sublimes de nuestro Dios. En todo se conoce la evolución universal; en el aereolito que atraviesa los espacios nocturnos y en la lanza-

dera que atraviesa los telares industriales. El satélite se ha desprendido de su planeta y lo sigue, como el planeta se ha desprendido de su sol y lo sigue, por virtud y obra de la evolución. Desde la edad en que iba el hombre nómada por el primitivo desierto, hasta la edad en que ha descubierto la imprenta, ¿por qué series lógicas de momento evolutivas no habremos pasado? Mas dejemos los ejemplos á los políticos extraños. En juicio mío las dos naciones, que representan la revolución y la evolución más claramente, son Francia é Inglaterra. Francia por su revolución ha llegado á un estado social más perfecto y á una forma de gobierno más alta que Inglaterra; pero cuán diversa la seguridad mútua de sus libertades respectivas en una y otra. Mientras en Inglaterra no recelan peligro alguno la libertad individual y el Parlamento, en Francia un aventurero que logra captarse partidarios numerosos con juegos de político escamoteo, muy semejante al juego de los cubileteros en los arcos, ó un pretendiente regio á quien se le ocurre demandar plaza en el obligatorio ejército, sacuden con sacudimientos terribles aquellas instituciones democráticas y las ponen con facilidad suma en trance de perdición y de ruina. El progreso evolutivo de Inglaterra, desde que salió de su edad revolucionaria, ese progreso constante y medido no alcanza el brillo esplendoroso y deslumbrador del progreso revolucionario en Francia, pero no está sujeto á sus eclipses, quiero decir, á sus reacciones. ¡Cuántas veces la reacción ha descerrajado la cerradura del hogar francés, y entrando en su sacro seno, ha cogido los jefes de familia, proscribiéndolos por lejanas tierras, en unas dragonadas bonapartistas, mientras el hogar británico resplandecía como un santuario inviolable! ¡Cuántas veces la tribuna francesa desaparecía, segada por las constituciones imperiales, mientras la británica, inmóvil, ahondaba sus raíces, tan imposibles de descuajar y destruir como las bases antiguas y los fundamentos seculares del territorio nacional! ¡Cuántas veces la prensa libre callaba en Francia, se perdía el derecho natural á escribir bajo restricciones reglamentarias, bien al revés de la prensa británica, cuyo derecho se mantenía incólume y sin más límites que los trazados y puestos por la religión de su propia dignidad y por las costumbres tradicionales de tan fuerte como libre nación! ¡Cuántas constituciones lleva rotas Francia desde su revolución á hoy, en menos de cien años, frente á esa Gran Bretaña, que todos los días corrige sus instituciones y las perfecciona sin parecer á la simple vista, no ya que las conmue-